



**Biblioteca
Nacional**

**PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA**

EXLIBRIS



Carlos Larrazabal Blanco

COLECCION



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

Los Enemigos de la Revolución Dominicana

Entreguismo Colonialista
contra Progreso y Autonomía



PUBLICACION DEL
FRENTE UNIDO DOMINICANO
DE NUEVA YORK Y CHICAGO
Organización Asociada al
Movimiento de Liberación Dominicana

NUEVA YORK - NOVIEMBRE, 1959





33050

Los Fundamentos
de la
Revolución Dominicana

Entreguismo Colonizista
contra Progreso y Autonomía



E PUBLICACION DEL
FRENTE UNIDO DOMINICANO
DE NUEVA YORK Y CHICAGO

Organización de la
Movimiento de Liberación Dominicana
NUEVA YORK - NOVIEMBRE, 1959



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

BN
F-2255

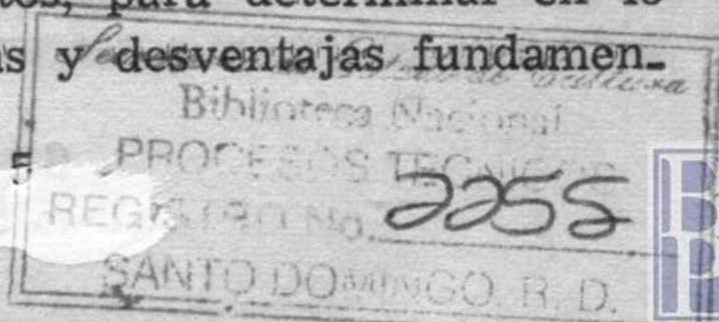
LOS ENEMIGOS DE LA REVOLUCION DOMINICANA

Entreguismo Colonialista contra Progreso y Autonomía

Con mucha frecuencia los dominicanos del exilio damos muestras de que para nosotros carece de importancia el hecho de que en el cuadro de las vicisitudes porque atraviesa nuestro país intervienen dos factores principales: nosotros, los dominicanos, y los extranjeros.

Con muy escasas excepciones, todas le atribuimos la absoluta responsabilidad de los males nacionales a una u otra de las partes. O es el pueblo, de índole defectuosa e incurablemente impreparado, el único culpable, según dicen los impacientes; o lo es el extranjero, siempre listo a intervenir en nuestros asuntos para torcerlos en su provecho, como afirman los doctrinarios.

En realidad, ambos factores deberían ser objeto de estudio, individualmente y en conjunto, sin prejuicios ni apasionamientos, para determinar en lo posible nuestras ventajas y desventajas fundamen-



tales en la lucha dolorosa a que nunca hemos podido sustraernos los dominicanos, para transmutar en realidad, los ideales de una nacionalidad, exigente, celosa y orgullosa, como lo es la nuestra.

Pero los dominicanos nos dejamos arrastrar fácilmente por nuestras ideas preconcebidas y nuestras fuertes pasiones. Cuando nos referimos al extranjero, es para vituperarlo amargamente o defenderlo con ardor; jamás para juzgarlo con equidad. Y cuando generalizamos sobre el dominicano, es para caer en los extremos más absurdos.

De los que, a lo largo de la historia dominicana, escribieron sobre nuestras características nacionales, unos se entregaron al panegírico fogoso y apasionado, y otros actuaron como críticos feroces y obstinados.

No es tarea fácil, pues, la de transitar por los tortuosos caminos de las características colectivas, ni siquiera para determinar la responsabilidad que pueda haber a un pueblo en el curso de los acontecimientos que determinaron su destino. Además, tales preocupaciones suelen dificultar, en vez de facilitar, las tareas del novel estudiante de la historia y la política.

A pesar de todo eso, puede y debe señalarse aquí algo que pertenece a ese orden de teorías y genera-

lizaciones peligrosas: el mayor o menor grado de atraso político atribuible al pueblo dominicano.

Es un tema polémico, y por esa razón no debería tener sitio en ningún trabajo encaminado a evitar desavenencias. Pero lo tiene. Porque es un cociente social y político, que no debe ignorarse cuando se trata de enjuiciar un momento histórico o de hacer cálculos para el porvenir.

Admitamos, pues, como punto de partida para un esbozo de los antagonismos dentro del movimiento opositor en el exilio, y sus repercusiones en el esfuerzo revolucionario, que a resultas de nuestros períodos de forzada inactividad y obscurantismo político, impuestos por las dictaduras, no hemos adquirido la madurez que correspondería a nuestra edad como nación independiente.

Para una organización democrática tal premisa debe encontrar siempre expresión enfática en su programa. Y en ella, por lo tanto, se origina la tendencia, perfectamente discernible en las organizaciones progresistas dominicanas, que consiste en fomentar discusiones instructivas entre sus miembros.

Tales discusiones no obedecen a la suposición de que haya ignorantes en estas materias, como en realidad los hay, sino porque tales intercambios de ideas propenden a un entendimiento indispensable,

entre los sectores populares que se proponen luchar unidos por el restablecimiento de la democracia y por el posterior afianzamiento de la paz sobre las bases de progreso y justicia social.

Porque a nadie se le escapa que entre los sectores revolucionarios existen diferencias tan marcadas, que sin la algamasa de un acuerdo fundado en los más limpios sentimientos patrióticos, harían imposible el mínimo de coordinación indispensable para una lucha victoriosa.

Tales disparidades giran alrededor de un concepto histórico, ya que, desde el principio de su vida republicana, Santo Domingo ha sufrido los efectos malsanos de una aguda discrepancia entre lo que el pueblo ha perseguido y lo que sus líderes han querido otorgarle.

Cuando el pueblo demandaba medidas enérgicas para la seguridad y consolidación de su soberanía arduamente conquistada, los líderes respondían gestionándole la enexión o el protectorado. Cuando protestaba por el recrudecimiento de las condiciones económicas y la explotación de que era víctima, los líderes obtenían un empréstito, a cambio de concesiones onerosas y denigrantes, y se lo repartían despreocupadamente. Cuando como último recurso, tomaba las armas para conquistar etapas más avanzadas en lo político y lo económico, los líderes hacían

un viaje a Washington y le traían, como calmante y panacea, una versión flamante del anacrónico despotismo colonialista.

Esta irritante contradicción entre legítima expresión, de una parte, y maliciosa interpretación, de la otra, ha caracterizado la vida política dominicana desde los albores de la independencia hasta el momento presente.

El brutal cuartelazo que habría de producir la más salvaje dictadura jamás experimentada por los dominicanos, no habría sido posible de no haber cooperado en su realización los eternos líderes, siempre dispuestos a darle al pueblo lo que el pueblo jamás ha deseado.

Como es obvio, tal disparidad entre la aspiración y la realización inadecuada, es el resultado de una desnaturalización de la función inherente al líder; lo que a su vez se debe, a que líder ha sido para nosotros, de generación, en generación, el caudillo truculento de todas las sociedades primitivas.

El concepto moderno de líder como exponente democrático de la masa popular, y subordinado a ella, no pasa de ser todavía más que una concepción embriónica, y por lo tanto mal definida.

Desde el instante mismo de la traición por el ex-pupilo de las fuerzas de ocupación extranjeras,

el pueblo empezó a dar señales de disgusto e impaciencia. Pero no pudo actuar con la efectividad requerida, porque, carente de esa articulación que robustas organizaciones obreras y campesinas le imprimen a las sociedades de larga tradición democrática, Santo Domingo no ha podido actuar jamás sino por medio de espasmos y convulsiones, frustrados casi siempre por sus propios caudillos.

La ineffectividad de la resistencia interna contra la dictadura castrense ha dejado establecido claramente que, sólo mediante un largo período de paz democrática, progresista y de celosa autonomía, podrá nuestro pueblo adquirir esa cohesión militante que hace imposible el entronizamiento de regímenes tiránicos y reaccionarios.

Tenemos pues en esa deficiencia, la razón por qué el foco de la lucha hubo de desplazarse desde la entraña del pueblo, donde habría sido limpia y vigorosa, hasta tierras extrañas, donde intereses espúreos habrían de tornarla débil, confusa e ineficaz.

Con el inicio de las actividades opositoras en el exilio empezó la pugna entre los líderes fugitivos, cada uno de los cuales aspiraba tercamente a ser el próximo sucesor del tirano.

Al cabo de infinitas discordias y muchos años desperdiciados en ese ajetreo acerbo y estéril, co-

menzó a tomar cuerpo un nuevo conflicto, cuando la juventud democrática, cada vez con mayor energía, rehusó participar en la consuetudinaria conspiración contra la masa trabajadora dominicana.

En vez de adoptar el tono magistral de los viejos oráculos y los embaucadores profesionales, el joven prefirió hablar con su voz fresca, que es la verdadera voz del pueblo.

Se planteó, pues, un nuevo y más grave antagonismo; esta vez entre el pueblo y los que se proclaman a sí mismos líderes e intérpretes de la voluntad popular.

Por mucho tiempo se buscó una fórmula de avenencia entre las dos facciones, para consolidar, aunque fuera parcialmente, a las fuerzas de la oposición.

Gradualmente ambos bandos llegaron a convenirse de que el empeño sería infructuoso; y entonces las fuerzas se polarizaron. Los jóvenes progresistas y liberales formaron nuevas agrupaciones, mientras los partidarios del caudillismo se atrincheraron más en sus apolillados reductos.

Hoy esas posiciones están netamente definidas. Hasta el más bisono en política puede distinguirlas fácilmente. De un lado tenemos siete organizaciones agrupadas bajo el membrete de Movimiento de Liberación Dominicana. Del otro lado está el resto: los

devotos del ayer.

Muchas diferencias existen entre ambos grupos, pero todas pueden resumirse y expresarse en una sola palabra: WASHINGTON.

La desaveniencia empieza con la palabra misma. Entre los hombres-crustáceos ese nombre ritual es tabú. Ellos hacen frecuentes viajes a Washington, pero nunca pronuncian la palabra en alta voz; apenas la susurran al oído.

Cuando un hombre que habla con la voz viril de un pueblo independiente y altivo se lanza sobre el tema, y pronuncia la palabra, el retrógrada se estremece, y empieza a defender a los E.U. sin saber por qué. Si alguien critica a Washington en público, el hombre, pretérito, automáticamente, y casi sofocado por la ira, lo descarta arrojándole al rostro el epíteto de comunista. Y ya en ese plano la discusión sensata es imposible; porque cuanto más defiende la política norteamericana, más afinidades revela el caudillista con Trujillo y su maquinaria de opresión.

En rigor, el tema de Washington no puede ser eliminado de la política, y de hecho nadie lo pretende, porque tanto acuden a él, en público los hombres vinculados con las masas populares, como en sus conciliábulos misteriosos los burgueses que se autotitulan líderes.

Es completamente justificado, por consiguiente, que se ponga bajo la luz ese sentimiento explosivo, que impide a unos y otros sentarse y razonar serenamente sobre la política hemisférica del Departamento de Estado norteamericano.

Ambos admiten que la política de los Estados Unidos es un factor importante en toda la zona antillana. En lo que disienten es, en el lugar que debe asignarse a esa política en los planes actuales y futuros de la revolución dominicana.

Quien goce de la confianza de uno de los pseudo líderes podrá enterarse de que, según los personeros y los fámulos de la burguesía dominicana, no podrá haber revolución en Santo Domingo si los Estados Unidos no le echan su bendición. Por eso han estado esperando la venia de Washington, por treinta años.

Afirman estos mentores que si un líder desagradado a Washington, el Departamento de Estado lo pondrá en la lista negra en que metódicamente encasilla a los presuntos comunistas, y que desde ese instante quedará desgraciado, porque jamás llegará al poder en Santo Domingo. De aquí sus ataques de histeria si se critica la política de los E. U. en su presencia.

Aseguran que el concurso de Washington es indispensable, antes y después de la revolución, y que

el único medio de granjearse su gratitud y su apoyo, es dedicándose, afanosamente a cazar, pescar, perseguir y destruir comunistas, y patriotas que parezcan comunistas, aunque sea de lejos. Por eso su encarnizamiento contra los que no se arrodillan todos los días, para decir sus oraciones mirando hacia la Meca.

Juran y perjuran, finalmente, que después de la revolución la potencia nortea no permitirá a los dominicanos que se gobiernen por sí mismos. Que el partido que venga al poder, será el que haya recibido el espaldarazo del Depto. de Estado y tácitamente, por lo menos, se haya comprometido a mantener los intereses de Washington por encima de los intereses nacionales.

Eso explica su horror por las reformas agrarias y arancelarias, su disgusto por las aspiraciones sociales que puedan lesionar los intereses extranjeros, su marcada repugnancia por cualquier gestión inspirada en el anhelo general hacia la paz y la amistad entre todos los pueblos de la tierra.

Frente a este cuadro de absoluto derrotismo, de entrega repugnante a la tutela y los apetitos extranjeros; frente a este cínico repudio de los intereses más sagrados del pueblo, es casi inevitable llegar al penoso convencimiento de que algunos dominicanos no aspiran, en lo más mínimo, ayudar a sus herma-

nos a realizar las reformas indispensables para el logro de niveles de vida más altos, el usufructo total de los recursos nacionales y el cabal ejercicio de su autonomía, como nación independiente y soberana.

¿A cuál entendimiento podrían llegar los hombres del pueblo con estos representantes, y defensores, de una anacrónica política colonialista?

Una estrecha amistad con los Estados Unidos necesariamente tiene que figurar entre los principales objetivos de la revolución. Puesto que a nadie se le oculta que un país, tan pequeño y poco desarrollado como Santo Domingo, necesita la amistad de todas las potencias del mundo, y especialmente de los Estados Unidos, que además de ser muy poderoso, es su vecino.

Pero cualquier niño dominicano sabe, que Santo Domingo jamás ha accedido a comprar la amistad de los grandes con girones de su soberanía.

Es bien sabido que, por el contrario, cuando ha visto su libertad, su soberanía o su integridad amenazada, Santo Domingo ha combatido temerariamente, sin detenerse a medir el tamaño ni la fuerza de sus antagonistas.

De modo que cualquier gobierno, verdaderamente popular y democrático, se empeñaría en llegar a un entendimiento con los Estados Unidos; pero



no el entendimiento de los Baez y los Trujillo; sino a un entendimiento fundado en el mutuo respeto y en un plano de colaboración digna y justa. Para un gobierno honrado no existen dos caminos, sino uno: el camino de la dignidad y el patriotismo.

Los que piensan de otro modo están equivocados, peligrosamente equivocados. Pues no debe perderse de vista que en la práctica del servilismo se puede pasar con mucha facilidad, de esbirro gratuito de Washington, a esbirro pagado de Trujillo.

Si los intereses de Washington y Trujillo coinciden —y suelen coincidir— el contrarrevolucionario que no retroceda a tiempo puede despertar un día contando los dineros de Judas en las palmas de sus manos.

Todo análisis político es doloroso; es el equivalente de una vivisección en ciertos casos y, cuando se trata de cadáveres políticos, es verdadera autopsia lo que se lleva a cabo.

Pero a veces es inevitable, como en el caso de la revolución dominicana. Porque sin ese paso previo no se podría comprender como pueden ocurrir las cosas, aparentemente inconcebibles, que hoy se están sucediendo en el confuso panorama de la oposición.

Existe un movimiento formado por hombres de

distintas capas sociales, de distintos grados de cultura, de distintas ideas políticas; hombres que, olvidando sus diferencias, se dieron la mano y se comprometieron a combatir unidos, contra el despotismo y el atraso social y económico que pesa sobre sus hermanos.

Para asegurar la paz bienhechora y fecunda en el país cuando llegara la victoria, esos héroes y mártires aprobaron un programa mínimo, por cuyo cumplimiento lucharían unidos fraternalmente en favor de las martirizadas clases pobres, que son sus padres, hijos y hermanos, que son su patria, que constituyen en realidad, una parte de ellos mismos.

Pero hay otros compatriotas negados a darle su apoyo a la liberación de sus hermanos. Compatriotas que no tratan de excusar su extraña conducta confesando que desean mantener sus mezquinos intereses personales por encima de sus deberes con la patria; o confesando que sus amigos extranjeros no aprueban una revolución con aspiraciones humanitarias.

Se defienden, sí; pero es lanzando lodo a diestra y siniestra; atacando el Programa Mínimo de la Revolución y acusando a sus signatarios —algunos de los cuales ya hicieron ofrenda sublime de sus vidas,— de ser agentes a sueldo de Moscú.

¿Hay nobleza y justicia en este proceder? ¿Con-

tiene algo el Programa que justifique esos rastros ataques?

No es necesario entrar en detalles. El Programa está ahí, a la vista de todos. Todos pueden leerlo. Sin embargo, sin temor a equivocación puede afirmarse que sólo cuatro puntos en ese documento son trascendentales e inquietantes para sus detractores: el que garantiza al campesino la posesión de la tierra; el que garantiza la libre organización de las clases obrera y campesina, a la vez que reconoce el derecho a la huelga; el que acuerda expropiar en favor del Estado todas las industrias y propiedades adquiridas por el tirano, sus familiares y secuaces; y finalmente, el que prevé revisar las concesiones hechas por la tiranía, en favor de capitales nacionales o extranjeros, que sean lesivas al interés nacional.

El acuerdo en favor de la reforma agraria no puede ser tan dañino, cuando varios países en América, —como Méjico, Brasil, Venezuela y otros— lo han adoptado, y hasta el tirano de Santo Domingo ha anunciado que pronto hará algo parecido. Desde luego, en su caso el anuncio es sarcástico y perverso, pero con él admite, implícitamente, el vasallaje feudal en que vive el campesino bajo su régimen cavernario.

Expropiar en favor del Estado los haberes mal adquiridos del tirano, no puede en modo alguno ser

una idea exótica y malvada. Ellos, ni nadie, osarían afirmar tal cosa públicamente.

Garantizar el derecho a la libre organización de los obreros y campesinos y el derecho a la huelga, no puede ser un crimen ni un error, puesto que todos los gobiernos democráticos modernos garantizan esos derechos.

Finalmente, revisar las concesiones contrarias al interés nacional, tampoco debe ser una odiosa importación, ya que todos los pueblos que antes fueron colonias, derramaron su sangre, precisamente, para poder librarse de la injusta explotación de que eran víctimas.

¿Dónde se encuentra, pues, el elemento exótico y antidominicano en todo eso?

Si la mayoría de los dominicanos tuviéramos el grado necesario de educación, esas alianzas de guardaespaldas del capital extranjero y de trogloditas, opuestos a todo aliento renovador no se atreverían a lanzar propagandas tan absurdas.

Se explica, pues, que algunos de los que luchamos por la desaparición de la tiranía en Santo Domingo, insistamos en que es necesario discutir constantemente acerca de estos asuntos.

Pues sólo cuando la mayoría de los demócratas dominicanos veamos claramente el peligro que ame-

naza el porvenir de nuestro país, haremos mayores esfuerzos para estrechar nuestras filas, y nos daremos cuenta cabal de que, el único medio para evitar que una tiranía sea sustituida por otra, es el respaldo firme y decidido al Programa Mínimo de la Revolución.

Porque la lucha que ha entablado el pueblo dominicano, para la reconquista de su libertad y la transformación de Santo Domingo en un país próspero y feliz, no terminará con el derrocamiento del tirano.

Si los luchadores que entren victoriosos a Santo Domingo le dan oportunidad al pueblo, para que en un ambiente de libertad y democracia labore por su felicidad, la transición no será tan trágica como temen muchos.

Pero si por ignorancia, debilidad; o por negligencia simplemente, permitimos que se engañe al pueblo una vez más, haciéndole creer que reforma agraria y autonomía económica son actividades criminales, con ello estaremos propiciando, para más adelante, una explosión social que podría ser verdaderamente devastadora.

Sólo las personas más atrasadas pueden creer, o aparentar creer, que el desarrollo de un organismo viviente puede ser contenido, sin graves consecuencias, por barreras artificiales.

Es un hecho generalmente aceptado que un pueblo, como todo organismo vivo, evoluciona de acuerdo con las leyes biológicas; pacíficamente cuando el ambiente es propicio; pero, —si se le reprime y coarta indefinidamente,—haciendo estallar todos los diques, y desbordándose como un torrente arrollador.

El deber de todo ciudadano que conoce y aprecia las dulzuras de la paz y el orden, es el de facilitar por todos los medios a su alcance la evolución natural de su pueblo, por los cauces del esfuerzo colectivo.

Esa aspiración insensata, de que desaparezca Trujillo para que otro Juan o Pedro ocupe su lugar, y siga explotando al país en su propio beneficio y en el de algunos consorcios extranjeros; esa burda artimaña, jamás la aceptará el pueblo dominicano.

Es sencillamente inconcebible que haya quienes consideren posible echar hacia atrás la rueda del tiempo, para mantener en la condición de satélite, en virtual coloniaje, a un pueblo que tanta sangre derramara combatiendo a los Santana, Baez, Hereaux, y a todos los que conspiraron con extranjeros para frustrar su derecho, que es el derecho inalienable de toda nación a trazar sus propios destinos.

Es hora, después de tantas generaciones que se

sacrificaron por esos ideales, de que nosotros, los que atesoramos el orgullo de nuestra nacionalidad y vivimos enamorados de las glorias inmarcesibles conquistadas por nuestros abuelos, asentemos nuestras plantas firmemente en el suelo y les digamos a esos infelices equivocados: ¡basta ya de engaño! ¡Basta de servilismo y explotación!

Y no debe perderse de vista, que si desde ahora no asumimos la responsabilidad que nos corresponde, mañana serán nuestros hijos y nietos los que tendrán que derramar su sangre para realizar nuestra tarea y lavar nuestra deshonra.

Porque la indiferencia y la debilidad no son, en esencia, más que complicidad, y la complicidad es perversidad y cobardía.

Adoptemos desde ahora el criterio firme, incommovible, de que, no importa el precio de sufrimiento que debamos pagar, jamás nos desviaremos de nuestros sagrados deberes con la patria. Que aunque nos llamen rusos, chinos, egipcios, seguiremos luchando hoy aquí, mañana allá, y en dondequiera, y a toda hora, por lo que en conciencia sepamos ayuda a nuestros hermanos a conquistar una existencia decorosa, digna y feliz.

Los enemigos del progreso y de la libertad absoluta para el pueblo dominicano pretenderán desmo-

ralizarnos; no sólo con la calumnia, sino con la propaganda insidiosa de que cometimos un error al alentar las ansias libertarias de nuestros hermanos.

Debemos contestarle a esos reptiles, que si los dominicanos pudimos conquistar y conservar nuestra independencia con el machete y el fusil en la mano, es porque nuestros progenitores jamás se detuvieron a escuchar las prédicas de los eunucos.

Que las madres y las esposas de los que caigan en esta lucha jamás saldrán a plañir y vituperar; porque ellas saben, mejor que nadie, que sus hombres escogieron voluntariamente el camino de la libertad o de una muerte gloriosa, como antes lo hicieron, tantas veces, nuestros heroicos antepasados.

Parecen ignorar los abogados del entreguismo, que a integrar el Ejército de Liberación acudieron hombres plenamente conscientes de su misión; hombres tan convencidos como lo estamos nosotros, de que en la lucha por la libertad no hay esfuerzos estériles, porque siempre, por cada luchador que cae, se levantan mil.

Sea cual fuere el desenlace de este episodio de la contienda, a la historia pasará como la primera victoria contra el déspota.

La feroz dictadura trujillista está herida de muerte, y no importa las atrocidades que todavía pueda cometer, su fin se acerca, porque ya el pueblo

dominicano está en marcha.

Y así tenía que ser. Porque no podía resultar infecundo el ejemplo viril de los que ayer fueron a dar testimonio, una vez más, del carácter indomable de nuestro pueblo.

La clarinada sigue y seguirá repercutiendo en todas las cuencas, oteros y serranías de nuestro país, y cada día será mayor el número de los que acudirán a la cita con su heroico destino.

Pero en el peor de los casos, en el supuesto inconcebible de que toda la vanguardia revolucionaria cayera bajo la metralla, la revolución seguirá adelante. ¡Nada podrá detenerla!

Porque el hombre de Santo Domingo ha demostrado en todos los tiempos, que prefiere mil veces morir de pie, con un fusil caliente en sus manos, a vivir arastrando una existencia ignominiosa.

Y el pueblo está ya en pie de lucha; sólo pide armas para saldar sus cuentas con los opresores.

De nosotros, de nuestra ayuda depende, que los días que se avecinan sean de luto y de vergüenza, o de gloria y regocijo.

Después, la historia dará su fallo, y la posteridad sabrá quienes fueron, en realidad, los buenos dominicanos.



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPÚBLICA DOMINICANA

FRENTE UNIDO DOMINICANO
ORGANIZACION ASOCIADA AL MLD
365 AMSTERDAM AVENUE
NEW YORK 23, N. Y.



BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
REPUBLICA DOMINICANA